

mandados por el Libio Mathos y por el extranjero Spendio que se hicieron cabezas del movimiento.

Reunió el gobierno á duras penas algunos elementos y tropas para contrarestar la insurreccion, y las confió á las órdenes de Hannon, general que habia poco antes sometido una provincia y que gozaba concepto de hábil organizador; mas no acompañaban por su desgracia á ese talento, ni la presencia de ánimo, ni la verdadera pericia y actividad de un gran capitán, como se vé por la narracion del historiador.

«Cuando fué á Útica á dar socorro á los cercados atemorizó á los contrarios con el número de elefantes, que no eran ménos de ciento; y aunque en los principios tuvo toda la ventaja de su parte usó de ella tan mal que puso en contingencia de perderse hasta los mismos cercados. Habia traído de Cartago las catapultas, máquinas y demás pertrechos para un asedio, habia sentado su campo delante de Útica y emprendido atacar el real de los enemigos. En efecto, los elefantes se arrojaron al campo contrario, y los enemigos, no pudiendo sufrir la fuerza é ímpetu, tuvieron todos que abandonar sus reales. Muchos de ellos murieron heridos por las fieras, la parte que se salvó hizo alto en una colina escarpada y sembrada de árboles, afianzando su seguridad en el mismo sitio. Entonces Hannon, acostumbrado á pelear con nómadas y africanos, los cuales, *si una vez llegan á retroceder, toman la huida y se separan dos ó tres jornadas*, creyendo haber dado fin de los enemigos y haberlos vencido en un todo, abandona absolutamente sus soldados y la defensa del campo, y se mete en la ciudad y se entrega á las delicias del cuerpo. Los extranjeros que se habian refugiado á la colina, partícipes del valor de Barca (1) y acostumbrados

(1) Alude á Amílcar Barca que los habia mandado en la guerra de Sicilia, y que muy luego vendría á combatirlos.

en los combates que habian tenido en Sicilia á retroceder y volver á atacar al enemigo muchas veces en un mismo dia, cerciorados entonces de que el general se habia retirado á la ciudad, y que los soldados con la ventaja andaban ociosos y desmandados fuera del campo, se reunen, acometen las trincheras, matan á muchos, obligan á los demás á huir vergonzosamente bajo los muros y puertas de Útica, y se apoderan de todo el bagaje y provision que tenian los cercados; la cual, sacada de la ciudad con otros pertrechos, vino por culpa de Hannon á poder de los contrarios. No fué esta la sola ocasion en que este general incurrió en tanto descuido. Pocos dias despues, situados al frente los enemigos junto á un lugar llamado *Gorza*, dándole proporciones la inmediatecion del campo contrario para vencerlos dos veces en batalla ordenada, y otras dos por sorpresa, ambas las dejó escapar por imprudencia y sin saber cómo.»

Viendo el Senado los malos resultados que obtenia Hannon, encomendó otro cuerpo de ejército de 10.000 hombres y 70 elefantes á Amilcar para restablecer el honor de las armas. El nuevo general, experimentado y político, obtuvo desde luego la confianza de sus soldados y comenzó la campaña ejecutando una hábil operacion para presentarse sobre Útica al amanecer, merced á la marcha que hizo de noche por la costa y salvando por la barra el rio *Makár* (despues se llamó *Bagrada* y hoy es el *Mecherdáh*) que sabia era fácil de vadear por allí en ocasiones de soplar cierto viento.

Se hace preciso para comprender bien el mérito de esta operacion, así como la importancia que tenía Útica y la razon con que era objeto de las operaciones en esa campaña y en otras posteriores, manifestar que la configuracion de la costa y del terreno ha variado mucho desde aquella lejana época y es distinta la desembocadura del rio, de modo que siendo entonces Útica una plaza á que

atracaban las naves, se encuentran en el día sus ruinas muy separadas del mar é imposibilitado el río á toda clase de navegacion.

Desconcertó el movimiento á los rebeldes, que esperaban atrincherados en el paso de unas colinas que era preciso atravesar para ir directamente desde Cartago, así como en el único puente que existía sobre el río, donde tenían construido su campo á manera de una poblacion; y uniéndose á los que asediaban á Útica con un total de 25.000 hombres, formaron falange en una sola línea que resultó demasiado extensa. Amilcar marchó hácia ellos apoyando su izquierda al río; delante los elefantes; luego la caballería; detrás de ésta la infantería armada á la ligera, y por último, la pesada ó falanje. Al observar al enemigo en prolongada línea y confiado en su superioridad numérica para envolverlo, ejecutó de seguida una difícil maniobra que consistió, segun la describe el inteligente comentador Guischardt, en hacer dar frente á retaguardia á sus tres primeras líneas, esto es, elefantes, caballería é infantería ligera, y marchar hasta que rebasaran la 4.^a ó falanje por los claros abiertos para el paso, y luego, girando por mitad á derecha é izquierda, fueron á formar sobre los costados, constituyendo así una sola línea.

Envalentonados los rebeldes al ver el movimiento retrógrado, que juzgaron de retirada, avanzaron denodadamente; pero quebrantóse su línea en inevitable desórden, que aprovechó Amilcar al instante atacándolos primero con los elefantes, despues con la caballería; y por fin lanzando toda la infantería hasta completar la derrota y perseguirlos, dejando 6.000 muertos y 2.000 prisioneros. Inmediatamente, levantado de hecho el sitio de Útica, se apoderó del campamento ó poblacion del puente, y refugiados en Tunez los rebeldes tomó ó sometió otras ciudades de la comarca.

«Mathos entretanto (dice Polibio) insistía en el cerco de los hippacritas (los de Hipona-Diarrhite) y aconsejaba á Autarito, comandante de los galos, y á Spendio estrechasen al enemigo, pero que *evitasen los llanos por el número de su caballería y elefantes, costeasen las laderas y atacasen siempre que le viesen en algun embarazo.*»

Siguieron ese cuerdo consejo, y coronadas en una ocasion las eminencias que rodeaban el llano donde se habia establecido Amilcar, se vió muy comprometido; mas pasándosele entonces un valiente jefe nómada llamado Naravaso, con 2.000 ginetes, los utilizó para alcanzar otro señalado triunfo.

Apesar de esas ventajas, por diversos incidentes fatales, como la disidencia entre Amilcar y Hannon y la inesperada defeccion de las ciudades de Útica é Hipona, que habian permanecido leales á Cartago, se complicaron los sucesos y volvió á estar estrechada la capital; hasta que, asociado al primero de dichos generales otro nombrado Anibal, fuéronles cortados los socorros y mantenimientos á los enemigos y obligados á levantar el bloqueo, emprendiendo una campaña por el interior.

«Huian de los llanos por temor á los elefantes y caballería de Naravaso; pero procuraban con anticipacion ocupar los lugares montuosos y desfiladeros. En todo este tiempo se observó que en el ímpetu y ardimiento no cedian á los contrarios, aunque regularmente eran vencidos por su impericia. Entonces nos manifestó la experiencia *cuánto exceso haya de un talento práctico de mandar acompañado de principios, á una impericia y ejercicio militar adquirido sin reglas.* Amilcar á veces atraía á encuentros particulares un trozo de tropas, y como hábil jugador de dados los encerraba y los hacía piezas (1): otras, aparen-

(1) No alcanzo la exactitud del símil de los dados: la traduccion francesa de Dom Thuillier dice sencillamente *como un hábil jugador*. En todo el párrafo creemos se demuestra lo que ya hemos consignado respecto á la española del Sr. Rui Bamba,

tando querer una accion general, mataba á unos conduciéndolos á emboscadas que no preveían, y aterraba á otros noche y día dexándose ver de repente y cuando ménos lo esperaban. A cuantos cogia vivos los arrojaba á las fieras. Por último, habiéndose acampado cuando ménos se pensaba cerca de los enemigos en un sitio incómodo para ellos y ventajoso á su ejército, los puso en tal aprieto, que sin aliento para aventurar un trance, ni facultad para evitarle á causa del foso y trinchera que por todas partes los cercaba, al cabo, estrechados del hambre, se vieron precisados á comerse unos á otros, dando la divinidad la recompensa merecida á la crueldad y barbárie con que habian tratado á sus semejantes.»

El resultado de tan desesperada situacion fué que capitularon á discrecion; pero sospechando la multitud de ellos de la mala fé de los vencedores, corrieron otra vez á las armas, y entonces Amilcar los hizo pasar á cuchillo en número de más de 40.000.

Marchó en seguida sobre Tunez, donde Mathos se hacía fuerte con los que aun le obedecian, y sitiado por los dos generales cartagineses, tuvo la suerte de sorprender el campo de Anibal, derrotándole y haciéndole prisionero, para darle cruel muerte en represalia de la de Spendio.

Obligó este descalabro á Amilcar á levantar el sitio y se prolongó todavía el fin de la guerra, porque engreidos los sediciosos, salieron de nuevo á campaña y la sostuvieron por algun tiempo; hasta que, reconciliados en sus diferencias Hannon y Amilcar, lograron alcanzarlos y aniquilarlos en una decisiva victoria, donde quedaron prisioneros Mathos y los otros cabecillas; lo cual produjo la rendicion de Útica é Hipona, y consiguió el gobierno de la República restablecer la tranquilidad que tanto deseaba.

SEGUNDA GUERRA PÚNICA.

Declarada la guerra entre las dos Repúblicas rivales (219 años antes de J. C.) á consecuencia del inaudito asedio de Sagunto por los cartagineses, emprendió el grande Anibal su memorable marcha á Italia, donde le aguardaban victorias sobre victorias, que pusieron á Roma en el mayor peligro; más la fortuna la tenía reservado en Publio Cornelio Escipion el genio que la libertaría, al cabo de 16 años, de tan terrible enemigo, llevando sus armas vencedoras en España, á amenazar de muerte en Africa á la misma metrópoli de Cartago.

Embarcóse en Lilibea (en Sicilia) en la primavera (204 años antes de J. C.) con un ejército de 30 á 35.000 infantes y 2.700 caballos; y desembarcando en la vecina costa africana sin dificultad, desplegó desde el momento tanto ó más que en España sus raras talentos, así en política como en pericia militar.

Empezó por amagar á Tunez y á Útica, ciudades doblemente importantes por su situacion y por la cercanía de Cartago; mas no logrando sus diligencias atraerse á Sifax, rey de los númidas masesinianos, que estaba ya comprometido en estrecha alianza con los cartagineses, aunque sí que se le uniera con 2.000 ginetes el príncipe Masinisa, de los númidas masilianos, determinó suspender aquellos sitios ante la llegada de Asdrubal y Sifax con crecidas tropas de Cartago y caballería africana; pasando á establecerse sobre la costa en una posicion fuerte que le facilitaba recibir sus comunicaciones y recursos por mar, y desde la cual continuaba amenazando á Útica; cuyo lugar, perfectamente elegido, es el que despues siguió llamándose *Castra-Cornelia*.

El príncipe Masinisa, que acaba de aparecer en la escena, era hijo del rey Gola, que fué antes el mejor aliado de Cartago y que en tal concepto le envió á España con

un cuerpo de auxiliares; pero el buen trato y libertad que concedió allí Escipion á su sobrino Massiva, le obligó por agradecimiento á ser su íntimo amigo, y poco despues le convirtió en aliado de los romanos; al contrario que el rey Sifax, que casado con la hermosa Sofonisba, hija de Asdrubal, se ligó por esto á los cartagineses. Uno y otro númidas aspiraban á apropiarse las posesiones de su contrario, y ya antes de los sucesos que vamos á referir, tuvieron diversos combates en que Sifax salió ganancioso. Andando el tiempo, heredó Masinisa el reino por la muerte de su padre y de su hermano mayor, y dotado de extraordinario valor y de prendas sobresalientes, logró al fin por su alianza con los romanos cuanto ambicionaba y llegó á ser verdadero fundador de una gran monarquía.

Asdrubal y Sifax se situaron á unas seis millas de los romanos en dos campos separados entre sí diez estadios; y mientras en esta cercanía se prometían tenerlos como bloqueados, los entretuvo Escipion con negociaciones fingidas de paz, cuyo verdadero objeto era ganar tiempo para procurarse el concurso del rey Sifax; «porque, segun la natural veleidad de los númidas y la facilidad con que faltan á la fé de los dioses y de los hombres, se prometía que prontamente llegaría á fastidiarse este príncipe de la jóven doncella que había sido causa de que abrazase los intereses y amistad de Cartago.»

No lo consiguió, pero le sirvieron tales diligencias para cerciorarse de la disposicion interior de los campamentos y para elaborar en su mente el proyecto de destruirlos sin empeñar batalla formal contra fuerzas tan superiores como reunían, puesto que las de Asdrubal constaban de 30.000 infantes y 3.000 caballos, y las de Sifax ascendían á 50.000 de los primeros y 10.000 ginetes de su nacion; conviniendo, acerca de la calidad de estas tropas, recordar el dato que facilita Tito Livio de que en el tiempo en que Sifax sostuvo guerra contra Cartago, pidió y obtuvo

de los romanos que le enviase como instructor el centurion Q. Statorio, quien formó un cuerpo escogido de infantería y le enseñó á evolucionar con la precision de las legiones, habituándolo á la disciplina, marchas y fatigas en términos que al cabo de corto plazo pudo contar el rey con igual ventaja en su infantería que en su caballería, como se demostró derrotando á los cartagineses en batalla campal. Y añade con ese motivo, que aun cuando los númeridas eran buenos ginetes, no estaban antes enterados de las maniobras de la infantería, pues nunca conocieron otro modo de guerrear; pero que teniendo entonces que combatir con un enemigo cuya sólida infantería constituía su fuerza principal, les fué necesario crearla para contrabalancear las probabilidades de triunfo. La gran poblacion de la Numidia le facilitaba á Sifax abundante número de reclutas, pero ignoraba el arte de equiparlos, armarlos y ordenarlos en formacion sin que pudiera suplir á la falta de ciencia militar el número de multitud confusa y tumultuosa, expuesta á todos los accidentes del acaso.

La manera con que al fin logró Escipion su intento de sorprender ambos campamentos en un ataque nocturno dándoles fuego, la terrible intensidad que tomaron las llamas en las chozas, barracas y demás abrigos, y la facilidad con que los destrozó completamente, causándoles sobre 40.000 hombres de pérdida, se hace ahora difícil de comprender aun conviniendo en el imperdonable descuido en que estarían, confiados en una próxima paz y en la apariencia de que Escipion solo amagaba á Útica; pero el suceso está así consignado y se presenta como uno de los mayores ejemplos que se pueden citar en que la astucia y el atrevimiento obtuvieron resultado decisivo, bien que por algunos medios no del todo loables, y en que la torpeza, el olvido de vigilancia y el aturdimiento ocasionaron la derrota más espantosa.

Pasada la impresion de tan gran catástrofe reunieron

los cartagineses otro ejército de 30.000 hombres, incluso los númeridas, y un cuerpo de 4.000 celtíberos, que bajo el mando del mismo Asdrubal y de su yerno Sifax dirigieron hácia el interior del país á establecer su campo, al cabo de treinta dias, en un territorio llamado de las grandes planicies (*magnicampi*): situacion que, segun Mr. Pellissier en su *Description de la Régence de Tunis*, corresponde al Dakhelat, que es la comarca avanzada donde se unen al Medjerda sus afluentes Ved-Hamam y Ved-Bon-Heurtman; pero que yo, respetando su autorizada opinion, creo debia encontrarse más lejos de la costa, y tal vez al S. de Kef.

Allí les fué á buscar Escipion, llegando en cinco jornadas á colocarse sobre una colina distante del enemigo treinta estadios (1). Al siguiente dia descendió al llano, adelantando su caballería hasta la inmediacion del campo de Asdrubal para escaramuzar, y se pasaron así otros dos; más al 4.º fué aceptada la batalla, y la caballería romana con la númerida que acaudillaba Masinisa, arrolló la contraria, mientras la infantería legionaria vencía tambien á la cartaginesa. Unicamente el cuerpo de españoles celtíberos, que estaba colocado en el centro de la línea, resistió unido y compacto, acreditando en aquel extremo imperturbable tenacidad; hasta que por último, desbordados por los flancos, envueltos por todas partes, fueron aniquilados por las masas que cayeron sobre ellos. Su comportamiento y sacrificio facilitó, no obstante, que los dispersos restos del ejército pudieran salvarse, incluso los dos caudillos, si bien cada uno por su lado, pues el tiempo que fué preciso para destruirlos y el empleo de fuerzas que necesitó Escipion, le impidieron activar desde luego la persecucion.

(1) Aunque el estadio, como medida itineraria, varió algo en diferentes épocas y países, se valúa aquí equivalente á la octava parte de la milla romana, que era de 1.472 metros; y por consiguiente el estadio venía á tener 184, resultando la distancia que separaba á los contendientes de 5 1/2 kilómetros.

La existencia en aquel ejército cartaginés de ese cuerpo de celtíberos se explica porque entre las disposiciones preliminares que adoptó Anibal antes de comenzar la segunda guerra púnica, se registra el envío desde Cartagena de 16.000 soldados españoles para repartirlos en las guarniciones de Cartago y de la Metagonia, haciendo ir en cambio á España otros tantos africanos. Y el investigador alemán Heeren, al referirse á esos españoles auxiliares de Cartago, dice que constituían las tropas más disciplinadas y su mejor infantería pesada; que usaban traje de hilo blanco con adornos encarnados, y que su arma principal era la espada que manejaban de punta y de corte.

Digna memoria debemos consagrar aquí á aquellos nuestros lejanos ascendientes que, defendiendo una causa extraña, supieron cumplir tan heroicamente el compromiso militar á que se habian sometido, haciéndose admirar de sus mismos vencedores, como cerca de diez y nueve siglos adelante, en la batalla de Rocroy, los tercios de infantería que sucumbieron ante el jóven duque de Enghien, despues el gran Condé.

Llamado con urgencia Anibal, cual última esperanza de Cartago, abandonó la Italia con hondo pesar, llevándose sus aguerridas tropas. Desembarcó en *Leptis* (Lemta) á fines del año 203 antes de J. C., y pasó á acantonarse durante el invierno á *Hadrumetum* ó Adrumeta, para disponer lo indispensable antes de emprender la campaña; invitando para que le auxiliasen con fuerzas, en particular de caballería de que estaba falto, á Tycheo, jefe de los númeridas arcades, que era antiguo amigo y aliado de Sifax, y al hijo de este soberano, Vermina.

Respecto á dicha localidad de Adrumeta, que posteriormente se llamó *Justiniana*, creyó nuestro escritor Marmol que seria la moderna ciudad de Africa ó Mehedía, al paso que otros la suponen en Hamamet ó en Hercla; pero

la opinion hoy mejor fundada la coloca donde se halla Susa.

Escipion entretanto, despues de su último triunfo, destacó á Lelio para que ayudase á Masinisa á perseguir á Sifax, que fué alcanzado y hecho prisionero, perdiendo su capital *Cirta* (Constantina), de cuya soberanía invistió el Cónsul á su aliado; y dejando bloqueada Útica por mar con la escuadra, se dirigió á posesionarse de Tunez.

Impaciente el gobierno de Cartago y confiando en el talento de su general, rompió la tregua y negociacion que habia solicitado de los romanos, y mandó á Anibal que no difiriese las operaciones para dar fin en una batalla á la apurada situacion de la República; á lo que él respondió atendiera el Senado á lo que era de su incumbencia y le dejase obrar ó estarse quieto, segun la oportunidad. Mas despues, unídosele la fuerza de su hermano Magon, muerto en la travesía desde la Italia Cisalpina, y el númida Tycheo con unos 2.000 ginetes, emprendió movimiento para situarse en *Zama*, á distancia de cinco jornadas de Cartago, hácia el S. O.; mientras que Escipion, mandando se le incorporase Lelio y esperando llegara Masinisa con un contingente auxiliar, que se supone de 8.000 infantes y 4 ó 6.000 caballos, tomó á *Parthos* (lugar hoy desconocido) y se adelantó á establecer su campo en una posicion cercana de *Naragara* (Cassir-Dchevir, ó Ksar-Dchabeur), ventajosa, entre varias razones, por la cercanía del agua, que es muy escasa en aquel territorio.

Hubo algunas escaramuzas entre la caballería de ambos ejércitos en las inmediaciones de *Zama*, y luego marchó el de Anibal hasta aproximarse á 30 estadios del romano, colocándose en una altura, ventajosa posicion tambien, pero que adolecía de falta de agua é imposibilitaba por consiguiente el permanecer en ella muchos dias.

Celebraron entonces una entrevista los dos caudillos, que, cual era de inferir, no dió resultado, y se dispusieron

á librar batalla al siguiente día, ordenando cada uno, desde el amanecer, sus tropas según la táctica respectiva, y ambos con igual habilidad como maestros consumados; verificándose en seguida el combate que tanto anhelaba el Senado de Cartago (203 años antes de J. C.), lejos de imaginar le fuera tan funesto.

Hay divergencia en la valuación de fuerzas que presentaron los dos ejércitos, suponiendo unos que eran iguales numéricamente, aunque en lo compacto y disciplinado, así como en la caballería, era superior el romano; y otros le dan á éste solo 30.000 infantes y 6.700 caballos, mientras elevan el cartaginés á 50.000 de los primeros é igual número que aquellos de los segundos, bien que de peores condiciones; teniendo además 80 elefantes, de cuyo elemento carecía Escipion.

La caballería africana, que tantos servicios prestó á Cartago en sus guerras de Europa y que tanto iba á contribuir en esta ocasión á su ruina, se componía de contingentes de las naciones y tribus nómadas ó nómidas que le estaban afectas, así como de otras muy lejanas donde tomaba á sueldo el número de ginetes que le podían facilitar: y respecto á sus condiciones de tropa ligera irregular debían ser excelentes para aquel tiempo atendidos los resultados que obtenía cuando era bien empleada, no obstante la pequeñez de sus caballos, de que se asegura se servían sin sillas ni frenos. Tito Livio la describe como despreciable por su aspecto, diciendo que los ginetes sin más armas que algunos dardos, y los caballos flacos, en pelo, sin bridas, con el cuello recto y la cabeza tendida cuando iban á la carrera, ofrecían una traza deforme.

Fundaba Anibal toda su confianza en la veterana infantería procedente de Italia, y por eso la colocó como gran reserva en una tercera línea á retaguardia, bastante separada de la 2.^a en que puso las tropas nuevamente levantadas; y en la 1.^a formó los cuerpos de extranjeros

asalariados, precedidos de otra que constituían los elefantes apoyados á derecha é izquierda por la caballería. Escipion dispuso en primera línea los manípulos de hastarios, separados por intervalos que cubrió con vélites, á los que previno se abrieran para dejar paso á los elefantes cuando acometiesen; en 2.^a y 3.^a los manípulos de príncipes y triarios cubriéndose con los de la 1.^a; la caballería númerada, con Masinisa á su cabeza, estaba sobre el flanco izquierdo de la misma 1.^a línea, y en igual disposicion al derecho la romana mandada por Lelio. De este modo los dos generales se apartaron del órden que habitualmente habian adoptado en otras batallas: el romano en vez de la colocacion ajedrezada de sus manípulos, los hizo cubrirse para dejar espaciosas calles á los elefantes, pero evitó el inconveniente en que incurrió Régulo manteniendo á alguna distancia entre sí las líneas; y Anibal, á pesar de sus anteriores victorias formando la falange en una sola y profunda línea, dividió en tres toda la infantería para que sucesivamente, despues de lanzados los elefantes, pudiesen quebrantar las legiones en términos de que fuese irresistible la acometida de la última guiada por él en persona.

Al empezarse el combate se asustaron muchos elefantes de los que estaban á la derecha, y en vez de acometer retrocedieron furiosos y desordenaron la caballería auxiliar númerada que cubria aquel costado; lo que observado por Masinisa cargó con la suya y la puso en fuga. De los demás elefantes, unos penetraron por los claros abiertos en las líneas romanas y otros volvieron tambien hácia la izquierda, atropellando la caballería cartaginesa, que fué igualmente cargada, arrollada y perseguida por la de Lelio. Quedaron despues deshechas las dos primeras líneas de los cartagineses sucesivamente al choque de la infantería romana; pero como hubo alguna resistencia y gran mortandad, y quedaba todavía la tercera y más formida-

ble, siguióse una pausa que aprovechó Escipion para colocar toda su fuerza en una sola línea compacta, de mayor frente que la enemiga; con la cual, despejado el terreno de los montones de cadáveres que lo obstruían, trabó el postrero choque contra la sólida muralla de Anibal. Y tan sólida era en efecto aquella tropa, tal la confianza de su caudillo, que aun en el estado crítico en que estaba la batalla hubiera podido darle la victoria ó neutralizarla al ménos, sin la llegada de toda la caballería de Lelio y de Masinisa, que así como vieron en completa dispersion la enemiga, regresaron y cargaron por retaguardia á la falange: todos sus esfuerzos vinieron entonces á ser inútiles y quedó por Escipion la victoria, con pérdida de unos dos mil hombres por su parte y 20.000 de los contrarios, más otros tantos prisioneros.

Lleva indebidamente esta batalla el nombre de *Zama*, pues que tuvo lugar á bastante distancia de aquella poblacion y muy cerca de la de *Naragara*; sin que pueda caber duda en esto por la narracion de Polibio, y por lo que convence el razonamiento hecho por Dureau de la Malle para identificar los lugares en su obra *L'Algerie, Histoire des Guerres de Romains, de Byzantins et de Vandales*. Despues de todo, la situacion de esa ciudad de *Zama*, que no debe confundirse con otra de igual nombre que fué la última corte del rey Juba I, no se halla todavía fijada con exactitud, y por eso está sin señalar en el mapa del Depósito de la Guerra de París: Marmol, y otros con él, la identificaron con *Zamora*, pueblo muy distante en la actual provincia de Constantina: algunos pretenden colocarla en una localidad llamada *Zuarin*; otros en *Zag* ó en *Zuam*; pero todos guiados más que en datos geográficos en la remota semejanza de pronunciacion: únicamente Pellissier, en su *Description de la Régence de Tunis*, apoya con varias razones su opinion en favor de *Zuam*. Y en cuanto al señalamiento del campo de

batalla, que tampoco es posible designarlo con entera seguridad, debe leerse un artículo del capitán francés Mr. J. Lewal, inserto en el número 8 de la *Revue Africaine*, Argel, Diciembre de 1857.

Mucho se ha discutido acerca de esta batalla y del mérito de los dos célebres generales; mas no existiendo sobre ella otras noticias que las que dán Polibio, Tito-Livio y Apiano (los cuales están algo discordes) y ninguna procedente de los cartagineses, porque desgraciadamente se perdió para la historia la relacion escrita por el mismo Anibal, que parece llegó á ver Polibio, es muy aventurada cualquiera crítica que se pretenda hacer ó cualquiera alteracion en los textos originales que nos transmitieron aquellos autores. De consiguiente, por apreciables que sean como estudios militares los comentarios del caballero de Folard, dominado siempre por su pasion á las excelencias del arte táctico romano, segun él lo comprendía, las sensatas reflexiones de Guischartd, y la más moderna descripcion del teniente coronel Macdongall, nunca pueden sobreponerse á los primitivos relatos históricos.

Atenido exclusivamente á esas fuentes considero indisputable que los dos grandes capitanes acreditaron en aquella jornada sus talentos por las disposiciones tácticas, aunque dudando de la razon verdadera para no haber hecho Anibal avanzar antes la segunda línea en auxilio de la primera contra los hastarios romanos; y más principalmente acerca del retardo en atacar con la tercera á los enemigos antes de que se rehicieran y adoptase Escipion su última formacion y de que pudiera volver por retaguardía la caballería contraria. Pero donde creo ver mayor fundamento á la crítica conjetural para censurar á Anibal, no es en el modo como se verificó la batalla, sino en haberla dado; esto es, en los precedentes. En la accion, fuesen cualesquiera sus faltas, hay que convenir en que la

fortuna le volvió la espalda, y que á ella debió Escipion la victoria, así por el incidente del espanto de los elefantes y desórden que produjeron, como por la oportuna llegada de la caballería de Lelio y Masinisa por retaguardia de la línea cartaginesa en el momento supremo y decisivo; aconteciendo entonces que perdiera Anibal esta batalla por causa de la caballería númera, á la que habia debido en gran parte sus triunfos de Italia en Trébia, Trasimeno y Cannas. Mas no es de juzgarse lo mismo respecto á las operaciones anteriores, ni cabe admitir por suficiente razon para empeñar la batalla el apremio del Senado, sobre todo despues de su primera contestacion. Precisamente se registra entre las máximas y pensamientos de Napoleon I, que un general en jefe no debe estar á cubierto de sus faltas en la guerra por la órden del Soberano ó ministro, cuando éstos se hallen lejos del campo de operaciones; y asienta que si solo por cumplir órdenes superiores libra una batalla con certeza de perderla, ha de considerársele culpable.

Conocedor Anibal de las cualidades de las tropas romanas, viendo la diversidad de las suyas y sabiendo el auxilio poderoso que daba Masinisa á los contrarios con la caballería númera de que él todavía estaba escaso, se explica bien la razon militar y política que le inclinó á marchar desde Adrumeta hácia el interior del país para atraerse partidarios, facilitar se le unieran los que habia llamado y procurar se internasen los romanos, á fin de dificultarles los mantenimientos, cansarlos y hacer en último caso más completa su derrota, si llegaba á obtenerla. Con tales miras, situado en Zama podría haber prolongado su permanencia ó ejecutar otros movimientos en aquella zona, si Escipion con prudencia no avanzaba de Naragara, hasta lograr se le incorporasen todos los auxiliares que esperaba, y entre ellos Vermina, que venía caminando con 15.000 hombres, y que fué tambien batido

después de la batalla. Su idea al aproximarse al campo de los romanos no sería tal vez librar desde luego un combate decisivo, esperando poder alcanzar la paz en negociación directa con Escipión; pero equivocado en esto, colocado en una posición donde la falta de agua le impedía permanecer, y demasiado cerca del enemigo para empezar la retirada ante la superior caballería que tenía para acosarlo, optó por aventurarlo todo en un día á la suerte de las armas, complaciendo al Senado.

Después de estas ligeras observaciones sobre la famosa batalla, solo nos cumple aceptar la opinión de Polibio, cuando dice que Anibal hizo en ella «cuanto pudo y cuanto se podía esperar de un hábil y experimentado capitán. Porque ante todas cosas tentó terminar la guerra por medio de una conferencia. Esto no era ajar su gloria pasada, era sí, desconfiar de la fortuna y prever las terribles consecuencias de una batalla. Después de metido en la acción se condujo de tal suerte, que teniendo que pelear con iguales armas contra los romanos, no se podía dar cosa más bien dispuesta..... y si puestos todos los medios posibles para vencer, con todo fué vencido este héroe hasta entonces invencible, merece condescendencia. Unas veces la fortuna se opone á los designios de los grandes hombres, otras acaece aquello del proverbio: *encontró el esforzado otro más fuerte*. Y cabalmente esto fué lo que entonces pasó á Anibal.»

El tratado de paz no se hizo esperar mucho, pues á pesar de los partidos y encontradas opiniones que disputaban en Cartago, cuyos malos efectos se hicieron sentir en su daño durante la guerra, singularmente en el último período, á todas las durísimas condiciones que impuso Roma suscribió el humillado gobierno; siendo el mismo Anibal quien, volviendo á Cartago desde Adrumeta, adonde se refugió, contribuyó más á que se aceptasen, para no exponer el Estado á mayores pérdidas ó á su completa ruina.

Fué igualmente muy debatido en el Senado romano si se aceptarían las cláusulas que dictó Escipion, y cuya aprobacion recomendaba; pero prevaleció su autorizado consejo, que era sin duda el más prudente. El historiador Apiano inserta el razonamiento que hizo uno de los senadores en su apoyo, del que como muy digno de tenerse en cuenta por las naciones conquistadoras ó colonizadoras, vamos á reproducir un interesante párrafo, tomándolo de la version castellana del bachiller Juan de Molina en su obra *Los triunphos de los romanos, de Apiano Alexandrino*, impresa en Valencia en 1522, sin embargo de que en la moderna francesa por Dureau de la Malle está aun más expresiva la oracion. Despues de recordar la conducta observada hasta entonces por la República para acreditar que con conquistas lentas y sucesivas era como habia establecido y consolidado su poder, añadió el orador al dar fin á su elocuente discurso: «Decidme qué provecho nos vendrá en tomar la ciudad que ya es nuestra. ¿Por ventura destruirla hemos de raíz porque nos tomaron el trigo y los naos, mayormente que esto nos debian junto con otras muchas cosas? Por cierto injuriosa cosa será, y muy mal hecha, si nosotros tenemos en mucho la indignacion de los dioses y envidia de los hombres que de ello nos pueden venir. ¿Pues qué, darla hemos por ventura á Masinisa, para que la tenga en su poder? Verdaderamente él nos es amigo, empero no me parece que sería cosa segura hacerlo mayor señor: antes pienso que es provecho para el pueblo romano que ellos entre sí tengan siempre guerras y diferencias. Veamos, pues, qué provechos podremos haber de aquella region: digo que sean muchos todos, *empero se gastarán con la gente y ejército que allí tendremos*; porque sin duda habremos menester sostener allí gran hueste, porque está entre mucha gente que puebla aquella tierra, en medio de tantos númidas, que son los más señalados bárbaros de todos, y que jamás piensan sino en

crueldades. Y si por ventura les damos batalla y al cabo nos vencen, por fuerza es que para adelante los habemos de temer y tener por enemigos. Porque aquella region suya es muy grande y muy más abundosa que la nuestra. Verdaderamente me parece que mirado bien, Scipion todas estas cosas os aconseja que no tengais en poco los ruegos de los cartagineses. Por tanto, me parece que debeis conceder á ellos que os lo suplican y á Scipion que os lo aconseja.»

GUERRA DE MASINISA.

En recompensa de los grandes servicios que durante la anterior guerra prestó á Roma Masinisa y en interés de ulteriores miras de la República, quedóle engrandecido el reino á costa de territorios de Cartago y de una parte de los que fueron de Sifax, dejando la otra á su hijo Vermina. Mas el sagaz africano, aspirando todavía á mayores ventajas, supo aprovecharse del abatimiento de los cartagineses y de sus contiúas discordias para mover cuestiones é invadir sus tierras quitándoles la provincia llamada Emporia; y aunque ellos, confiados en su derecho y en el tratado con Escipion que fijó los límites territoriales, produjeron en Roma las oportunas quejas, nada consiguieron, así por las diligencias que el Númida activaba en su favor, como por conveniencias de la política, diciendo sobre esto Polibio: «La equidad exigía que se pronunciase por Cartago, pero los romanos favorecían á Masinisa, no porque el buen derecho estuviera de su parte, sino porque era interés del Senado decidir por él» (1).

No contento aún con eso pretendió, é invadió despues,

(1) Como la traduccion española de Rui Bamba carece de los extractos posteriores á los del Libro 17, hemos consultado para lo relativo á estos sucesos y á los de la tercera guerra púnica la version francesa de Dom Thuillier.

el territorio de las grandes planicies y la provincia Tysca; y si bien á las nuevas reclamaciones de Cartago pareció inclinada Roma á hacer justicia, amonestando con ese objeto á Masinisa y enviando árbitros para decidir sobre las comarcas que se disputaban, todo vino á quedar como estaba, reconociéndose de hecho lo usurpado y alentado el usurpador para proseguir en igual sistema. Fácil era comprender, por consiguiente, que de las aspiraciones incesantes del uno, y del resentimiento de la otra, tenía que estallar una guerra, deseada sin duda por los romanos partidarios de la destruccion de Cartago; de los que Caton, uno de los jueces árbitros enviados á Africa, se hizo á su vuelta el principal mantenedor, ponderando la riqueza de aquella ciudad, la prontitud con que se restableció de la anterior guerra, y lo que de ella podria temerse en el porvenir.

Lo que se deseaba aconteció al fin (152 años antes de J. C.) dando pretexto el destierro que decretó el Senado de Cartago de muchos ciudadanos que consideró agentes de Masinisa; los cuales, refugiados en la Numidia, lograron se declarase la guerra, y que los cartagineses exasperados prescindieran de la cláusula del tratado que les prohibía emprender ninguna sin el permiso de Roma.

Pusieron en pié un ejército de 45.000 infantes y 400 (?) ginetes, que mandados por otro Asdrubal se puso en marcha para empezar la campaña, uniéndosele además unos 6.000 caballos númidas que abandonaron á Masinisa. Todos los encuentros y escaramuzas con que se inauguraron las operaciones iban siendo en ventaja de los cartagineses, pero el viejo rey númida, cediendo siempre y huyendo, hizo que poco á poco se alejasen é internáran hasta un territorio inculto, en parte llano y en parte montañoso. Allí establecieron el campo en unas alturas, y los númidas quedaron en el llano, verificándose luego una porfiada batalla que, aunque indecisa por haber separado

la noche á los combatientes, debió ser muy fatal para los cartagineses, puesto que Asdrubal, temeroso del resultado de la guerra, propuso condiciones para terminarla.

Hallábase entonces casualmente en el campo de los húmedas Escipion Emiliano, que habia ido á Africa con objeto de adquirir algunos elefantes para la guerra de España; y notando el valor, la actividad y fortaleza de Masinisa, que á pesar de su edad de 88 años se mantuvo á caballo durante la batalla como general y como soldado, debió augurar, en su favor, el fin de la lucha, cual, en efecto, aconteció en breve. Frustradas las negociaciones, bloqueó el rey á sus contrarios, rodeándoles de atrincheramientos, les cortó convoyes y toda comunicacion, y los redujo al hambre y mayor miseria, sin que Asdrubal, confiado neciamente en la intervencion de los enviados de Roma, de cuyo arribo tenía noticia, se atreviera á intentar romper aquellas líneas. Pero ¿qué podía prometerse de los agentes romanos, cuando sus instrucciones eran que si Masinisa fuese vencido, intervinieran por la paz, y que si vencedor, le estimulasen á continuar la guerra? Obligado, al fin, por la estrechez, por el hambre y por los extragos de la peste que diezaba el ejército en medio de los fuertes calores del estío, capituló bajo las duras condiciones que dictó Masinisa; y aunque todos los que quedaban debían salir del campo desarmados y uno á uno para volver á Cartago, parece que solo llegaron pocos con Asdrubal, habiendo perecido en tan desastrosa campaña 58.000 hombres.

Bien de manifiesto se descubre en la precedente reseña, sin que sea preciso esfuerzo alguno de crítica, el gran desacierto del general cartaginés al alejarse de su territorio dejándose llevar á donde el enemigo queria; y su indecision, despues de la batalla, para romper el bloqueo y retirarse, no tiene tampoco disculpa, porque todo era preferible al quietismo en el estado á que se veía reducido,

y ningun peligro ni sacrificio debía detenerle ante la calamidad final que se acercaba sin remedio.

Por su parte Masinisa acreditó en la campaña rara sagacidad, actividad y energía, justificando por sus talentos militares y por los políticos con que supo utilizar las discordias interiores de Cartago y la ojeriza de Roma, que era digno de la gran soberanía núpida que logró fundar y que alcanzó en su larga vida á ver prosperar.

TERCERA GUERRA PÚNICA.

Comprendiendo la infeliz Cartago que la cólera romana descargaría sobre ella por el atrevimiento de haber emprendido la anterior guerra sin su permiso, contra el fiel aliado Masinisa, se apresuró á enviar embajadores para dar explicaciones satisfactorias; mas el Senado no habia perdido tiempo en prepararse para aprovechar la ocasion, y ya estaban navegando los cónsules Manilio y Censorino á la cabeza de una escuadra con ejército de 80.000 hombres; dirigiéndose desde luego sobre Útica, que se adhirió á Roma abandonando á Cartago.

Ofreció entonces someterse tambien la gran ciudad y entregó al efecto 300 rehenes que se la exigieron, escogidos en jóvenes de las principales familias, que fueron enviados á Sicilia; recibieron igualmente los cónsules asombrosa cantidad de armas y máquinas militares que poseía, y dió fuego además á sus naves. Pero como todavía se la intimó que todos los habitantes salieran de sus hogares, escogiendo otro lugar donde establecerse ó fundar nueva poblacion, siempre que fuese á tres leguas del litoral, porque las órdenes de Roma prescribian la destruccion de Cartago, produjose un levantamiento general y desesperado (149 años antes de J. C.).

Toda la ciudad se convirtió instantáneamente en un inmenso taller de armas; reparáronse y se aumentaron las fortificaciones; y estimulándose unos á otros, se dispusieron á defender su querida metrópoli con heroísmo. Confiaron el mando ó dignidad suprema de *Estratego* á un personaje llamado Asdrubal, nieto por su madre de Masinisa, y á otro de igual nombre le dieron el cargo de *Boetharco* para ponerse al frente de 20.000 hombres, únicas tropas disponibles en el interior del país; con las cuales, á fin de sostener la campaña, se situó, cubierto de trincheras, en una posicion que eligió cerca de *Nepheris* ó *Neferis*, localidad hoy desconocida y que por lo mismo no señala el mapa del Africa romana del Depósito de la Guerra de París: Pellissier en su exploracion de la Regencia de Tunez indica como probable, que estaría en la falda de la montaña *Korbés*, en la península del cabo Bon; pero se nos hace difícil aceptar esa congetura y nos inclinamos más á creerla en alguna derivacion de la montaña del *Zaugham* ó *Zaguan*, hácia donde el citado Pellissier señala el llano de *Nefida*, y punto que en el mapa de Prax y Renou se escribe con el expresado nombre de *Nefida*, que parece conservar notable semejanza con *Neferis*.

Mientras tanto, aprovechando el primer calor de la resistencia, preparadas en gran número lanchas y pequeñas embarcaciones llenas de materias inflamables, las hicieron avanzar en ocasion de viento favorable sobre la flota romana y metiéndose entre sus galeras, las dieron fuego; á que se siguió al instante un voraz incendio que consumió mucha parte de ellas.

Los cónsules se movieron desde Útica para ir al asedio de Cartago, y dividiendo el ejército en dos cuerpos, la atacaron por lados opuestos infructuosamente. Acercóse despues al lago de Tunez el Boetharco para molestar á los sitiadores y les obligó á atrincherarse y á proceder con precaucion, pues la caballería acaudillada por Himilcon

(también nombrado Fameas), los sorprendía, inquietaba ú hostilizaba de continuo, causándoles sensibles pérdidas cuando iban á forragear, á proveerse de subsistencias ó en busca de materiales para las obras del campo: y con esto, y con ser neutralizados sus trabajos por la eficacia y valor de los defensores, iba prolongándose el sitio sin el menor resultado.

Llamado á Roma Censorino quedó solo Manilio con el mando, en cuya circunstancia hicieron los de Cartago una vigorosa salida, en la que quemaron las empalizadas y otras obras, poniendo en fuga á los que las protegían; y hubiera sido de peores consecuencias el suceso á no llegar oportunamente el jóven tribuno Escipion Emiliano, quien con alguna caballería los atacó por retaguardia, obligándoles á retirarse á la plaza.

Quiso luego Manilio perseguir al Boetharco Asdrubal y dirigió en persona una expedición hasta el campamento de Neferis, sin detenerse, como le aconsejó Escipion, ante un rio que precedía de cerca la posición, y teniendo lugar un encuentro de dudoso éxito, se vió muy comprometido al repasarlo en la retirada por haber cargado los enemigos cuando estaban aglomeradas y confundidas en desorden las tropas. Mas el mismo previsor tribuno supo distraerlos amagando con la caballería y dando así tiempo á los suyos para reponerse en la opuesta orilla, y cuando ya parecía estar todo á salvo, tuvo aún ocasión de distinguirse en otro servicio, acudiendo lleno de actividad y ardimiento en socorro de unas cohortes que recordaron haber dejado abandonadas en ciertas alturas, y que acometidas por Asdrubal hubiesen sucumbido sin el oportuno arranque que les proporcionó incorporarse.

Al fallecer por entonces el viejo Masinisa dejó repartido el reino entre sus tres hijos, de los cuales el mayor, Gulussa, acudió á las reiteradas instancias de Roma con un cuerpo de caballería auxiliar muy numeroso, que fué

desde el instante utilísimo para contrarestar á los atrevidos ginetes de Fameas; hasta que la defeccion de este caudillo con 2.000 hombres, en ocasion que Manilio se hallaba mal empeñado en otra expedicion contra el campo cartaginés de Neferis, privó al Boetharco de la posibilidad de aprovecharlos en la retirada de sus contrarios y libró á éstos de sus temibles y continuas hostilidades.

El cónsul Calpurnio Pison, que llegó de Roma en relevo de Manilio, encontró el ejército disminuido y desalentado por las infructuosas operaciones á que lo habian dedicado, por lo que desistió de activar el sitio y se redujo á hacer la guerra por las cercanias de Cartago; pero poco afortunado en sus intentos de apoderarse de *Aspis* y de *Hipona-Diarrhites* (1), y maltratando en demasia á otros pueblos, excitó los ánimos de los habitantes y proporcionó que mejorase algo la situacion de los cartagineses, que vieron unírseles 800 ginetes númeradas con su jefe Bithias, y obligaron á los romanos á retirarse á Útica para pasar el invierno.

En Cartago, sin embargo, lejos de calmarse las discordias en la crisis que atravesaba, promovieron una alteracion en que fué condenado á muerte el estratego Asdrubal por sospechoso de connivencia con los enemigos, poniendo en su lugar el del mismo nombre y apellido que mandaba en el exterior como Boetharco, para cuyo cargo eligieron á Diógenes.

El Senado de Roma nombró para sustituir al cónsul Calpurnio á Escipion Emiliano, cuyo valor y habilidad le habian captado simpatías y prestigio en el ejército, en el pueblo, en los aliados y en los enemigos, y á que él respondió admirablemente estimulado por la memoria de Publio Escipion, de quien era nieto adoptivo. Coincidió

(1) Apiano nombra *Hippagreta* á *Hipona-Diarrhites*, por lo que, sin duda, Rui Bamba en su traduccion de Polibio dice *Hippacrita*.—La situacion de esa plaza queda ya expresado que se supone corresponde hoy á la de Bizerta.

su nuevo aríbo á Africa con un fracasado ataque que intentó el almirante Mancinio con la gente de su escuadra para ganar ciertas obras de Cartago; y quedando comprometida en ellas la fuerza que desembarcó, estaba á punto de sucumbir cuando enterado Escipion, apenas puesto el pié en tierra en Útica, acudió presuroso con la flota para salvarla.

Hecho cargo en seguida del mando, se dedicó á restablecer la moral del ejército, pues encontró quebrantada la disciplina, dada la tropa al desórden, al merodeo y á ausentarse del campo para el pillaje: vió que se introducian en los atrincheramientos toda clase de gentes extrañas para vender y comprar y para fomento de los vicios, y que eran frecuentes las riñas y sangrientas peleas entre los soldados; por lo que publicó penas severas por las menores faltas; hizo alejar cuantas personas conceptuó inconvenientes; quitó á todos los efectos y prendas que no habian de serles útiles en campaña y que contribuian á corromperlos ó á enervarlos; y por último, despues de corregido en gran parte aquel mal estado y logrado levantar el espíritu, se decidió á emprender la marcha sobre Cartago y á comenzar formalmente al asedio por un ataque nocturno contra la primera línea de fortificaciones correspondiente al extenso barrio exterior de Megara, del que consiguió apoderarse.

Reducida la plaza por ese golpe á privarse de sus defensas externas, se dedicó Escipion á estrecharla é incomunicarla absolutamente por tierra, cerrando para ello el istmo con obras adecuadas y propias al mismo tiempo para la seguridad de su ejército; las que consistian, segun las describe Apiano, en un gran foso que iba de un extremo á otro del istmo, distancia de 25 estadios, y á tiro de dardo de la muralla: paralelo á él se cavó otro de iguales dimensiones y no muy distante hácia la campaña: los unió ambos con otros dos perpendiculares, y en el espacio rec-